

entre no es, empero, un sitio al que el poeta pueda acceder a partir de una mera indecisión, o a la inversa, en respuesta a una actitud de prescindencia voluntaria de cualquiera de los extremos. Es, más bien, el sitio donde, fatalmente, le toca estar: el lugar que es condición habilitante del poema. El ingreso en el campo de la percepción poética —que lo exceptúa tanto de la desesperación nacida de la incredulidad como del dogmatismo nacido de la desesperación— reviste características singulares, rasgos de respuesta a una convocatoria venida de una zona ajena a la resolución personal, al propósito subjetivo y explícito, sobre la que, como ya he dicho, Carlos Drummond de Andrade no se ha detenido aún a reflexionar. Por el momento, lo que el escritor verifica es que la poesía constituye para él su único modo posible de articular, en un todo armonioso, experiencia y sentido. Y esa articulación se distingue por la ternura predominante que el poeta infunde a su enunciación. En ella consiste el hondo vitalismo de Carlos Drummond de Andrade. Vitalismo que, como resulta claro, no proviene de sus convicciones éticas o filosóficas sino de su primaria empatía con el mundo, más allá de sus contradicciones y conflictos desgarradores. Como bien lo prueba la pieza titulada «El sobreviviente», su vitalismo lo embarga a pesar de sí mismo. Drummond de Andrade, conscientemente, considera que la vida, entendida como instancia moral, ya no es viable. Está persuadido de que la guerra puso término al humanismo: *Imposible componer un poema a esta altura de la evolución de la humanidad./ Imposible escribir un poema —una línea nomás— de verdadera poesía./ El último trovador murió en 1914./ Tenía un nombre del que ya nadie se acuerda.*

Como se advierte, Drummond de Andrade tiene la convicción de que los hombres se sienten fascinados por la muerte: *Los hombres no mejoraron/ y se matan como insectos./*

(...) *Inhabitable, el mundo está cada vez más habitado.* No obstante —y esto es lo extraordinario— para decirnos hasta dónde ascienden su descreimiento y su desazón, escribe, contra todo lo que sostiene, un poema: (*Me temo que escribí un poema*) nos dice, casi en un susurro, al finalizar «El sobreviviente». Aquí tenemos, entonces, a nuestro autor no sólo a merced del vitalismo que le impone su sensibilidad poética y le permite enfrentar con éxito la adversidad; lo tenemos, además y finalmente, situado ante el hecho de ser un poeta. Frente a frente con su idiosincrasia, se observa extrañado, inquieto, conmovido. Su razón vital, como la llamaría Ortega, desafía con la contundencia de su pronunciamiento lírico, a su razón meramente analítica y le demuestra que, más allá de lo que el hombre llamado Carlos Drummond de Andrade cree saber, está lo que el poeta Drummond de hecho sabe. La poesía es, pues, la encargada de rescatarlo y desbaratar el silencio aniquilador en el que sin duda se perdería de no mediar el categórico imperativo que le impone su vocación.

Pantano de las almas

Tal el título del segundo libro de Carlos Drummond de Andrade. Fue escrito entre 1931 y 1934. Al publicarlo, el poeta era todavía un hombre joven: tenía 32 años. A diferencia de su primera obra, este *Pantano de las almas* anticipa, en la contundencia de su título, el acento emocional dominante en el conjunto de sus textos: se trata, en el plano argumental, de un libro sombrío. Sabemos, sin embargo que, para nuestro

escritor, la poesía manifiesta esencialmente una dimensión cordial de su espíritu, reacia, por lo tanto, al influjo paralizante del desencanto. La poesía, en él, es la vida entendida como facultad de primordial empatía con el mundo. Esta facultad se pondrá de manifiesto en el hecho concreto de escribir opuesto, desde su misma raíz, al desasosiego que acosa al hombre que es Carlos Drummond de Andrade. Pues bien: ¿de dónde extrae su vigor irreprimible esta actitud superadora de toda angustia? ¿Cuál es el fundamento de su vitalidad si, al mismo tiempo y como también ya sabemos, Drummond de Andrade insiste en el carácter absurdo, intolerable de la realidad considerada bajo el prisma de su experiencia personal? La poesía, se diría, es contra toda razón. Se trata de un hecho paradójico, de un recurso, si se quiere, que cuestiona y rebasa el dolor como instancia predominante. Tener vocación implica no sólo disponer de ella sino, también, poder soportarla y poder sostenerse, como resistente, en ese cumplimiento que es su realización. En ella se juega la expresión de una necesidad constitutiva y primordial del sujeto: la de no homologar la realidad a lo que sobre ella dictamina la desesperación. Esta necesidad, a su vez, no irrumpe bajo la forma del júbilo, el fervor épico o el voluntarismo militante. Nada de eso. El tono —y en *Pantano de las almas* se lo advierte— es el de una tierna pero decidida confrontación con los embates del pesimismo y las seducciones de la muerte; resistencia que, valiéndose del humor más sutil y de un sentido de honda y viril resignación metafísica ante lo irremediable, constituye una vigorosa denuncia de las ilusiones omnipotentes del hombre tanto como un piadoso reclamo de tolerancia ante las contradicciones propias y las de nuestros semejantes. La poesía, podría afirmarse con afán sintético, es la forma que toma el empecinamiento de la vida en un hombre que se siente y se confiesa carente de toda ilusión. Dice así el poema «No te mates»:

Carlos, tranquilízate, el amor
es eso que ves:
hoy se besa, mañana no se besa,
pasado mañana es domingo
y el lunes nadie sabe
qué sucederá.

Es inútil que te resistas
o incluso suicidarte.
No te mates, oh no te mates,
resérvate entero para
las bodas que nadie sabe
cuándo llegarán
si es que llegan.

El amor, Carlos, es telúrico,
la noche pasó en ti,
y las represiones se van sublimando,
allí dentro un barullo inefable,
rezos,
tocadiscos,
santos que se persignan,
avisos del mejor jabón,
barullo que nadie sabe
de qué, para qué.
Entretanto caminas

melancólico y vertical.
 Eres la palmera, eres el grito
 que nadie oyó en el teatro
 y todas las luces se apagan.
 El amor en la oscuridad,
 no, en la claridad,
 es siempre triste,
 hijo mío, Carlos,
 pero no digas nada a nadie,
 nadie sabe si sabrá.

El empantanamiento de las almas se cumple, pues, para Carlos Drummond de Andrade, en las aguas traicioneras de este escenario que sin cesar disuelve tanto la esperanza de alcanzar un amor estable como la fraternidad y aún el goce en sus formas más simples. La poesía, en cambio, reacciona ante el valor negativo de la experiencia. Extrae de él su riqueza. Es una voz que irrumpe por detrás de la voz que el hombre se atribuye e irrumpe para decirle, a la manera de Rimbaud, que él *es otro* —ese otro que le habla de esa *otra* voz. Esta dualidad implica, a la vez, una indisoluble interdependencia entre el hombre que se cree agotado en el padecimiento y el hombre que hace del padecimiento la materia vertebradora de una fortaleza espiritual insospechada. Rasgos similares a los anotados a propósito de «No te mates» los encontraremos en las piezas tituladas «Invitación triste» y «Ante los últimos acontecimientos», donde se nos propone, con ácida ironía, la pornografía como resolución de todos nuestros males.

En tanto la poesía es otro modo de ver que el impuesto por la angustia, puede decirse que el desaliento del que hablan los poemas de este libro no constituye, estrictamente, el tono de los textos y ni siquiera el tema. Porque el tema, en verdad, es el destino que el hombre desesperanzado corre en manos del poeta; el tema, en otros términos, es la transfiguración poética de la experiencia vivida, ese salto hacia la luz que realiza Carlos Drummond de Andrade desde las zonas más oscuras y tormentosas de su experiencia personal. Y esa luz no es otra que la de una esencial cordialidad. Por eso creo que el mensaje de este libro no se encuentra en el plano de su contenido manifiesto que, recorrido por una lectura superficial, es el de la desesperanza. Se encuentra en cambio, ese mensaje donde podemos constatar el triunfo del espíritu armónico, apolíneo, sobre el desasosiego sembrado por el sentimiento trágico de la vida.

Ahora bien: a diferencia de la sensibilidad romántica, para la que el poeta ha de ser un transgresor condenado a la incompreensión y el aislamiento, la idea de la poesía trazada por Carlos Drummond de Andrade nos permite inferir que el poeta se rebela contra la soledad y la fragmentación, y que la poesía constituye la máxima expresión y el logro más alto de su rebelión. La poesía, así entendida, es reencuentro. Vale la pena, sin embargo, insistir en lo esencial: que el poder expresarse desde ese espíritu solidario y confraternal no constituye ya un logro de la voluntad del sujeto en la acepción nietzscheana del término. En Drummond de Andrade esa voluntad aparece siempre jaqueada por la adversidad de la vida. En consecuencia, la aptitud expresiva a la que me refiero debe comprenderse como epifanía, como una poderosa aparición bajo cuyo influjo el hombre se transfigura. La poesía lleva a cabo, como impulso creador, el desdoblamiento de la naturaleza del hombre e impide a Carlos Drummond de An-